

¿HAY VALORES UNIVERSALES?

Una conversación entre Jean-Claude Carrière y Jean Daniel

LE NOUVEL OBSERVATEUR: *En una conversación con Claude Lévi-Strauss, usted, Jean Daniel, dejó caer la idea de que uno de los desafíos del siglo XXI sería conciliar el respeto por la universalidad de los valores con el de la diversidad de culturas. Le respondió que él no sabía qué era la universalidad de los valores.*

Jean DANIEL: Las entrevistas que me concedió en esa época eran, a la vez, desestabilizadoras y estimulantes, pero siempre un encanto intelectual. Cuando lo entrevisté –hace de eso una treintena de años– esa idea de universalidad le preocupaba. En primer lugar por el cambio demográfico en el planeta. Pensaba que todos los saberes y todas las ideas debían ser reconsideradas a la luz de del hecho de que habían sido pensadas para un número relativamente pequeño de habitantes en el planeta. Ese gran antropólogo estaba tan vinculado al estudio de las estructuras de ciertas sociedades —numéricamente débiles— que había identificado continuidades en sus ritos, sus comportamientos, sus costumbres, lo permanente de su inconsciente. El riesgo que casi se había resignado a asumir era el de «esencializar» esas sociedades, darles una esencia permanente que les impediría evolucionar y acceder al progreso universal. Proteger sus estructuras y sus mitos los condenaba a la inmovilidad. Veía tan claramente los peligros del mundo moderno para esas sociedades que, en un cierto sentido, habría deseado suprimir para ellos el tiempo. Y rechazar también la noción de universalidad.

Para él esas sociedades eran diferentes entre sí. Y cuanto más cerca estaban geográficamente, más conflictuales eran entre sí. Sacaba conclusiones, severas muchas veces, sobre el presente político. Decía a la vez que él era el garante de un anticolonialismo, porque él protegía esas sociedades, pero que no encontraba nada más bárbaro que las sociedades descolonizadas, uniformizadoras, que habían destruido tribus e incluso civilizaciones enteras. Condenaba el racismo afirmando la igual dignidad y la coherencia de toda cultura, pero condenaba también el universalismo de valores de la civilización contemporánea. Formuló parte de sus dudas sobre este tema en una conferencia en la UNESCO reproducida en su libro LE REGARD ÉLOIGNÉ [«La mirada alejada»] que provocó un escándalo porque rechazaba un universal que pudiese comportar la noción de evolución, es decir, de progreso. Añado que tenía un predecesor en la persona de Lévy-Bruhl que no había estudiado el «pensamiento salvaje» sino los pensamientos primitivos, especialmente en los pueblos sin escritura. Había elaborado el concepto de «mentalidad primitiva» para diferenciarlos fundamentalmente del «pensamiento civilizado», aunque al final de su vida volvió radicalmente sobre esa distinción, considerándola indefendible. Para él resultaba necesario que hubiese un progreso y que el «pensamiento primitivo» evolucionase. En cierto sentido puede decirse que Lévy-Bruhl hubiese sostenido el famoso discurso de Jules Ferry sobre el colonialismo, mientras que Lévi-Strauss se prohibía a sí mismo todo tipo de universalidad. ¿Por qué? Pues porque la palabra «universal» contiene necesariamente una virtualidad de progreso y la posibilidad de una superioridad de una cultura respecto a otras. Ya temía el imperialismo de lo universal.

Jean-Claude CARRIÈRE: La palabra «valor» en el sentido que le damos hoy no es traducible para cuatro quintas partes de las lenguas del planeta Tierra. No hay manera de traducir «valor» al sánscrito, al chino, al japonés, al persa... Esa noción ni siquiera existe. ¿Se puede hablar de universalidad a propósito de una palabra que no se comunica a otros países, a otros pueblos? Es una primera observación. La segunda es histórica. Cuando nosotros, los Europeos, hablamos de valores

universales a otros europeos, hacemos inmediatamente alusión a los derechos del hombre y a los valores democráticos y republicanos que nacieron de la obra de los filósofos del siglo XVIII y que fueron claramente expresados por los revolucionarios franceses. Ese valor que nosotros quisiéramos universal, no existe más que desde hace poco tiempo y en pocos derechos. Desde ese punto de vista los parlamentarios de la revolución francesa se consideraban legitimados para elaborar leyes que ellos afirmaban universales. Para elaborar leyes universales es necesario referirse a los famosos valores, como si el valor (dejemos al lado el valor de las mercancías y el de los militares) fuese la transcendencia de la ley. Como si antes de elaborar leyes, decretos y reglamentos hubiese que referirse a valores «supraexistentes» y, por usar una palabra actual, duraderos. Esos valores los afirmaron en la «Declaración de los derechos del hombre» y en otros textos con bastante lucidez. Los quisieron tan rápidamente y tan brutalmente universales que en ciertos casos ni siquiera dudaron en propagarlos mediante la fuerza de las armas. Naturalmente, se tropezaron (y esos valores se tropiezan siempre) con las tradiciones culturales, numerosas y diversas, del resto del mundo — y en particular con las tradiciones religiosas. Porque en muchos países en aquella época — y hoy todavía, incluso en Francia —, el valor republicano no logra de ningún modo dominar la ley divina y la verdad de la palabra revelada. ¿Cómo podrían pretender los humanos, incluso los elegidos, hablar mejor que Dios, hablar mejor que las tablas de la Ley? Es un problema que se planteó de inmediato. Un cierto número de pueblos se reclaman de las palabras divinas que, por definición, son insuperables. El problema que se plantea es ese: ¿algún día, poco a poco, se logrará borrar las palabras antiguas para reemplazarlas por valores nuevos, universalmente aceptados? Sabemos perfectamente que eso será muy largo y difícil. Y en el fondo no estoy muy seguro de que sea deseable. Quedémonos por el momento con el hecho de que el valor es universal o no es. Porque no me puedo imaginar un valor trascendental, fuente de leyes, que no sea universal. En cierto sentido la expresión «valor universal» es un pleonasma. Si hay un valor, es universal.

Jean DANIEL: Si se acepta la idea según la cual el valor podría ser, desde un punto de vista religioso o laico, no la descripción de una realidad, sino una auténtica exigencia, si en vez de decir que los hombres son iguales en derechos y deberes, se dice que debieran serlo, entonces el debate se transforma. Cuando Lévi-Strauss dice que las gentes no tienen la misma manera de morir, de amar, de proteger, de defenderse, e incluso de luchar, según el clima, según su número, según su cultura... el valor universal no puede emerger más que mediante la lucha contra una agresión exterior. Contra lo que él llamaba el «imperialismo cultural». Dice Jean-Claude Carrière, con toda la razón, que un valor no puede definirse más que en relación a una Revelación o a una Revolución., pero se puede encontrar un equivalente de ambas mediante el «imperativo categórico» de Kant. En su FUNDAMENTACIÓN DE LA METAFÍSICA DE LAS COSTUMBRES, cuando dice que bajo el cielo estrellado el hombre tiene la ley moral en su corazón, es físicamente transcendente. La ley debe implicar una necesidad absoluta para todo ser racional. *«Actúa de tal manera que puedas también querer que la máxima de tu acción llegue a ser una ley universal»*. El «imperativo categórico» es para el hombre la necesidad de actuar moralmente y algunas veces por encima de sus intereses materiales — y los supera. Es lo que Kant pensaba sobre el valor. En el fondo el valor nace a partir de una irrefrenable necesidad de superación.

Jean-Claude CARRIÈRE: Existe el imperialismo cultural, es decir, el deseo de imponer a los demás ideas que nosotros creemos justas. Si alguien me dice que no comparto las ideas que quiero inculcarle y que se las impongo por la fuerza armada, desencadeno una guerra, cuando yo tendía a lo universal. Por un lado, para que los hombres en el interior de la sociedad y de los pueblos vivan juntos de la manera más armoniosa posible, necesitamos que respeten un cierto número de valores, que no son forzosamente universales y que pueden ser relativos. Cuando

se dice «valor universal» — he trabajado mucho en culturas lejanas — me niego. No veo ninguna razón para imponer mi fe o mi falta de fe a tal o cual pueblo muy lejano a mí. Pero a la vez me digo: tal vez tengan alguna cosa que aprender de mí y yo de ellos. Entonces la noción de universal se hace diferente. Se convierte en un valor de cambio. ¿Hay entre pueblos aparentemente diferentes experiencias, nociones o incluso lo que denominamos (con otra palabra intraducible) «conceptos» que podamos intercambiar? Es una auténtica pregunta.

Jean DANIEL: Lévi-Strauss tenía una concepción «horizontal» de las sociedades. Cuando se refería a los valores era en una yuxtaposición de culturas tan pacífica como fuese posible, por oposición a una concepción «vertical» en la que veía el famoso «imperialismo cultural». Este último lo veía más o menos en todas partes, incluso en los comportamientos individuales. Que alguien venga del exterior de una estructura y rechace conocer las leyes, los ritos, las costumbres, la hospitalidad era para él una «*impolitesse*» [‘falta de educación’] insoportable. Pero si el extranjero se preocupa por conocer las leyes y las tradiciones de los otros y las respeta como propias, entonces supera sus propios códigos e integra un valor que hace propio. En ese momento la palabra «valor» expresa un pacto entre asociados que supera a uno y a otro.

Se podría citar otro ejemplo moderno de ese imperialismo con la lógica insólita, defendida por los neoconservadores americanos en el momento de la guerra de Irak. Dios les obliga a ellos, detentadores exclusivos del «valor» democrático que vayan a llevar la «civilización» al mundo árabe, para emprender una reconstrucción tal que, cuando Irak haya accedido a la dignidad de país civilizado, podamos finalmente compartir con sus habitantes los mismos valores. Y, por lo demás, claman los neoconservadores, eso es lo que ha sucedido ya: una vez caído el muro de Berlín, el mundo entero ha adoptado nuestros valores. En este ámbito son de una sinceridad absoluta. Crean en su generosidad, en su legitimidad, en nombre de sus valores, para ocupar, invadir y bombardear.

Jean-Claude CARRÈRE: Más allá del imperialismo cultural puede haber un integrismo cultural. El integrismo quiere decir integrar todas las actividades humanas en una creencia, en una verdad proclamada. Este fenómeno no nos resulta extraño en Occidente. Durante siglos, desde el siglo XIII al XVIII en cifras redondas, las autoridades occidentales proclamaron que el mundo entero estaba destinado un día a ser cristiano. Y como se dijo en los Concilios, esa verdad establecida era materia de dogma. Pero el pensamiento del cristianismo se desgarró con la Reforma y otras divisiones.

Hoy, ¿qué queda de esa ambición, que no solo se puede calificar de imperialismo (porque iba acompañada por militares y comerciantes), sino que pretendía reducir a un solo modelo cristiano todas las actividades de todos los hombres en este planeta? Hoy sabemos que grupos integristas musulmanes —y no solo musulmanes— pretenden lo mismo, decir que el porvenir del mundo está en el Islam. Y no en cualquier Islam, sino en el más duro; que no nos escaparemos y que los valores islámicos son «la solución». ¿Se puede aplicar esta universalidad a un ámbito que no es religioso?, ¿hay una palabra no revelada por tal o cual mesías o profeta, sino que tenga como fuente el trabajo del legislador?, ¿es concebible que el legislador logre un día poner de acuerdo todas las culturas que empujan en esta tierra? Todos tenemos un apetito de justicia, de equidad, de caridad (por emplear una palabra cristiana), de compartir. ¿Cómo lograr realizarlo? ¿Tenemos necesidad de valores, o lo que nos conducirá a actuar lo mejor posible es, por el contrario, un trabajo cotidiano? ¿Y ese ‘mejor posible’; no será siempre un compromiso?

Jean DANIEL: François Cheng, nuestro amigo chino, miembro de la Academia francesa, respondió a algunas de estas preguntas. A partir de Hegel se interrogó

sobre el misterio de la universalidad de la belleza. Muchas veces he constatado que hay gran cantidad de músicos asiáticos en orquestas sinfónicas occidentales. ¿Qué misterio de Asia descubren en la música de Mahler o de Wagner?, ¿por qué 'Carmen' es la ópera más interpretada en el mundo? Hay mitos fundadores, identitarios, quizás haya valores en común. ¿Por qué es tan popular Molière en los países árabes? Ver 'Tartufo' en El Cairo quiere decir algo. ¿Hay en la belleza una posibilidad para lo universal? Jean-Claude Carrière dice que no hay universal posible más que a partir de una lo individual y de una voz que lo exprese. La belleza tal vez pueda servirnos para ello.

Jean-Claude CARRIÈRE: Sí; pero aunque tenemos bastantes intérpretes y directores asiáticos en nuestras orquestas, tenemos muy pocos instrumentistas europeos capaces de interpretar música china o india. Y ello va siempre en el mismo sentido: aspiramos los talentos de otros lugares para ponerlos al servicio de nuestros valores. Voy a poner un ejemplo personal. Adaptamos, con Peter Brook y nuestros intérpretes, el 'Mahabharata', el gran poema épico indio, escrito en sánscrito. Trabajamos once años, y muchas veces en la India, con grupos de teatro indios. Pero esta obra —comparable a las obras maestras de Shakespeare y de Homero—, sobre la cual reposa una de las más ricas civilizaciones del mundo era hasta hace veinticinco años casi desconocida en Occidente ¿Por qué? Porque estaba como impedida de entrar en nuestros territorios por murallas mucho más duras de atravesar porque son invisibles. Hemos dado al resto del mundo 'Carmen', Shakespeare, Picasso, Mozart. Pero los Shakespeare de otros lugares nos cuesta mucho aceptarlos y acogerlos entre nosotros.

LE NOUVEL OBSERVATEUR: *La «Declaración universal de los derechos del hombre» votada por la ONU, ¿no es un buen ejemplo de acuerdo sobre valores comunes?*

Jean DANIEL: Hay numerosas ambigüedades en el texto de la Declaración. Todos los Estados que la firmaron, con la euforia de los vencedores, aparentaron tener una concepción idéntica sobre el derecho, la libertad y la democracia. ¿Cómo creer que los soviéticos de esa época interpretaban esos valores universales afirmados de la misma manera que los occidentales? En aquel entonces había 58 miembros de Naciones Unidas y ninguno se opuso. Después de 1948 tampoco ningún nuevo miembro lo ha hecho; hemos visto la descolonización, el fin del apartheid, la creación del Tribunal de Justicia de La Haya... Es verdad que pese a las atrocidades y las guerras, pese las numerosas insuficiencias de esa «Declaración», su referencia se ha inscrito como una especie de super-yo en el espíritu de las gentes. Es el único progreso lento y misterioso que percibo.

LE NOUVEL OBSERVATEUR: *¿Pero no son las religiones portadoras también de valores universales?*

Jean DANIEL: En todo caso están a la búsqueda de lo universal y pretenden imponer la concepción que de él se hacen. De hecho, el problema empieza cuando el hombre ha querido introducir una *cultura* centralizadora, monolítica y uniformizadora, en la *naturaleza* de la diversidad. Sin duda, en el Islam naturaleza y cultura se hallan mezcladas. Los judíos se prohibían cualquier proselitismo para guardar intacta la pureza de su testimonio, creían que la diversidad era cosa de otros. Los cristianos, por su parte, se encargaron muy rápidamente de llevar — por todos los medios ¡caramba! — a todos los lugares la buena nueva, la de la resurrección de Jesús.

Jean-Claude CARRIÈRE: En la historia de las religiones se da un ascenso hacia lo universal. Al principio cada pueblo tiene sus dioses, y esos dioses combaten contra otros dioses, pero no hay noción de universalidad. Sólo poco a poco los sistemas

teogónicos, como fue el caso de la India, se simplificaron para llegar al monoteísmo que al final impuso la universalidad: como sólo hay un Dios es necesario que sea el Dios de todos. La desgracia es que esos tres monoteísmos no reconocen los mismos textos, los mismos valores o las mismas obligaciones. Todos sabemos que las leyes que se dicen universales, sean republicanas o religiosas, prohíben el crimen, el robo, el engaño, la injusticia, la violencia... Veo también — y añado un elemento a lo que comentaba Jean Daniel — que actualmente hay tribunales para juzgar los crímenes internacionales, más allá de las diferencias políticas y culturales que separan a los unos de los otros. Pero regreso a Kant que, como recordabais, se extasiaba bajo el cielo estrellado con la ley moral en nuestros corazones. Me pregunto si no habrá valores universales desconocidos por nosotros, inconscientes, que estarían inscritos en nosotros desde hace mucho tiempo y que tenemos dificultad en discernir, en reconocer, en seguir. Me lo pregunto y no tengo respuesta.

Jean DANIEL: En cualquier caso quisiera que estuviésemos de acuerdo en afirmar que conviene calificar como temibles todos comportamientos que llevan a oponer la universalidad de los valores y la diversidad de las culturas.

Jean-Claude CARRIÈRE: La esperanza es posible.

TEXTOS RECOGIDOS POR GILLES ANQUETIL Y FRANÇOIS ARMANET.

Publicado por Le Nouvel Observateur (París), nº 2396, 7-13 de octubre de 2010. [Trad. R.A.]

© de los autores. Reproducción exclusiva para uso escolar.

*** Jean DANIEL es un periodista francés de referencia en el mundo progresista, fundador y editorialista de «Le Nouvel Observateur», amigo de Camus y de Mitterrand entre otros y autor de libros clásicos, el último de los cuales «Les Miens» [Los míos] (Gallimard, 2010) es un bellissimo recorrido memorialístico por la trayectoria de los más importantes personajes del siglo pasado que ha conocido.**

*** Jean-Claude CARRIÈRE es escritor y dramaturgo. Ha sido guionista de cineastas como Luís Buñuel, Louis Malle y Milos Forman.**